

Oriente y la globalización

Una lectura de la relación Oriente-Occidente desde la perspectiva de Edward Said y Amartya Sen

Shutterstock



Francisco Nuñez

Programa de Estudios Generales
Universidad de Lima

doi: <https://doi.org/10.26439/piedepagina2023.n011.6830>

Hace algunos años, mientras buscaba lecturas sobre la globalización para los cursos que imparto en la universidad, me encontré con un breve análisis provocador de Amartya Sen (2002), titulado *Juicios sobre la globalización*. La perspectiva de Sen desafió mis propias conjeturas sobre la globalización, pues hasta ese momento la concebía como una manifestación de la occidentalización del mundo. Sin embargo, Sen planteaba cuestiones que pusieron en tela de juicio mis propias concepciones, y que me indujeron a reflexionar acerca de mis interpretaciones y también, por qué no decirlo, de mis propios sesgos.

No mucho tiempo después, y de manera circunstancial, me topé con un libro esencial que me ayudaría a clarificar y profundizar mi comprensión en diversos temas, pero fundamentalmente a reafirmar mis premisas iniciales sobre la occidentalización del mundo. El libro se titula *Orientalismo*, fue escrito por Edward Said y la primera edición fue publicada en 1978. Aunque nuestra interacción con la lectura y las fuentes de información no siempre sigue un camino lineal y, más bien, puede parecer desorganizada o caótica, me surgió la pregunta acerca de cómo ideas desarrolladas con décadas de

diferencia –y sobre asuntos no necesariamente similares– podrían interactuar y debatir entre sí.

Si bien Said no abordó directamente la globalización en su obra, su análisis sobre cómo Occidente ha construido y perpetuado imágenes y discursos sobre el Oriente ofreció valiosas perspectivas acerca de las dinámicas presentes en la globalización contemporánea, sobre todo en la pretendida idea de la existencia de un denominado imperialismo occidental. Said, en su obra, señala cómo Occidente ha creado representaciones reduccionistas y estereotipadas de Oriente, que le han permitido justificar su “supremacía” y también perpetuar un sistema en el que Occidente se presenta como el centro del poder y el conocimiento. Consideré que Said perfilaba mejor una respuesta al desafío de entender la globalización contemporánea y daba una sensación de que, frente a ella, no había espacio para argumentar a favor de la globalización.

Hace unas semanas, mientras pensaba acerca de la orientación de este artículo, recordé este entramado de opiniones. Pensé que ahora, con un poco más de experiencia y seguramente con una mayor cantidad de lecturas en mi haber, puedo intentar reacomodar un poco mejor mis ideas. De entre mi nuevo universo de lecturas, no puedo excluir el libro de Amartya Sen titulado *Identidad y violencia* (2007), obra en la que cuestiona las concepciones reduccionistas de la identidad, que a menudo son mencionadas para explicar los conflictos y tensiones del mundo contemporáneo. Además, Sen argumenta que las personas tienen múltiples identidades que se superponen, y que es un error y una simplificación considerar a las personas a través de una única identidad, como la religión, la etnia o la nacionalidad. Esta visión, señala Sen, es unidimensional y, al mismo tiempo, puede alimentar divisiones y promover la violencia, al ignorar la rica complejidad de las identidades humanas. Sen enfatiza la necesidad de reconocer y valorar la pluralidad de las identidades individuales y colectivas, sugiriendo que una comprensión más matizada puede contribuir a un mundo más pacífico y justo.

A pesar del aparente desorden inicial, estas lecturas convergieron en una rica

problematización que me proporcionó herramientas valiosas para reformular y ahora compartir algo de estas perspectivas.

Para Sen, la globalización, con frecuencia entendida erróneamente como una occidentalización del mundo, es un fenómeno complejo. Esta concepción relacionada a la occidentalización conlleva la idea de que la globalización es un “obsequio” de Occidente al resto del planeta. Este discurso sostiene que los avances esenciales de la humanidad surgieron de Europa, desde el Renacimiento hasta la Revolución Industrial, y que ahora estos logros occidentales se están esparciendo globalmente. No obstante, esta perspectiva omite la rica travesía de interacciones e intercambios globales que han existido durante milenios y que no necesariamente tienen sus raíces en Occidente.

Sen además señala, considerando una perspectiva histórica, que la globalización ha sido una constante dinámica en el desarrollo humano, que ha impulsado el progreso mediante el comercio, la migración, las influencias culturales y la diseminación del conocimiento. Es esencial reconocer que, si bien en la era contemporánea los avances occidentales han tenido un fuerte impacto global, la globalización ha tenido múltiples agentes a lo largo de la historia, que no siempre se originaron en Occidente. Por ejemplo, como lo señala el propio Sen, en el año 1000 d.C., tecnologías como el papel, la imprenta y la pólvora eran comunes en China, pero desconocidas en gran parte de Europa. Estos avances eventualmente se globalizaron y transformaron las sociedades en las que se incorporaron. Asimismo, conceptos matemáticos fundamentales—como el sistema decimal, que tiene sus raíces en la India y en el mundo árabe—desempeñaron un papel crucial en la revolución científica europea del siglo XVII.

Para Sen es importante evitar la visión simplista que presenta a la globalización como un producto exclusivamente occidental. Tal idea no solo es ahistórica, sino que también ignora la rica interconexión y mutualidad del desarrollo humano. La idea de que la ciencia, la tecnología y otros logros del pensamiento humano pertenecen exclusivamente a una civilización en detrimento de otras es, en el mejor de



Amartya Kumar Sen, economista altamente reconocido por desarrollar teorías sobre el bienestar económico y su impacto en el desarrollo humano.

los casos, reductiva. Por ejemplo, aunque es cierto que eventos como el Renacimiento y la Ilustración tuvieron lugar en Europa, estos movimientos no surgieron en un vacío cultural, sino que se nutrieron de las contribuciones del mundo entero.

Sin embargo, Sen también considera que no podemos pasar por alto las críticas válidas a la globalización actual, especialmente en términos de equidad e inclusión. Si bien la globalización puede ofrecer beneficios económicos, su funcionamiento actual frecuentemente favorece a los ya poderosos y margina a los más vulnerables. Las críticas que surgen de movimientos que se oponen a la globalización o la cuestionan no necesariamente se oponen a la integración global *per se*, sino a la naturaleza desigual de sus beneficios. En este contexto, es esencial repensar la naturaleza de nuestras instituciones globales. El sistema actual, dominado por el capitalismo global, a menudo prioriza la expansión de mercados sobre otras consideraciones, como la democracia, la educación y la justicia social. Esta preferencia tiene implicaciones directas en la justicia distributiva, ya que afecta a la manera en que se reparten los beneficios de la globalización.

Para Amartya Sen, la globalización tiene un gran potencial, pero su verdadero desafío radica en garantizar que sus beneficios se distribuyan equitativamente. No se trata de si los pobres obtienen algún beneficio, sino de cómo garantizar que reciban una parte justa de los resultados económicos de la globalización. A medida que avanzamos, debemos esforzarnos por reformar nuestras instituciones globales, reconociendo su complejidad y garantizando que tal reforma se realice de una manera que beneficie a todos de manera equitativa. La defensa de la globalización no debe ser ciega, sino informada y crítica, con miras a una mayor justicia y equidad.

Por su parte, Edward Said, en su obra *Orientalismo*, estudia la compleja relación entre el Occidente y su concepción del Oriente. El término *orientalismo* refiere a la tradición académica y cultural occidental que estudia, interpreta y representa a las culturas orientales, particularmente del Asia y el Medio Oriente. Sin embargo, este término adquiere connotaciones mucho más profundas y problemáticas, ya que, como sostiene el autor, el orientalismo no es una mera representación neutral o una aproximación académica positiva

hacia el Oriente; por el contrario, es una construcción creada y perpetuada por el poder político, sociocultural y académico occidental. Esta representación del Oriente sirve a propósitos específicos: justificar la dominación imperialista y colonial de estas regiones, esencializando y reduciendo las complejas realidades culturales, históricas y políticas del Oriente a estereotipos simples y manejables.

El Oriente, tal como es imaginado en la mentalidad occidental, es retratado como exótico, atrasado, irracional y, en ocasiones, hasta peligroso, en contraposición a la racional, moderna y progresista sociedad occidental. Estos estereotipos, afirma Said, no solo distorsionan la realidad del Oriente, sino que también sirven para reforzar la percepción de la superioridad occidental y justificar su intervención y dominación en estas regiones. Uno de los argumentos centrales de Said es que el orientalismo es una forma de conocimiento fuertemente ligada al poder. No es una casualidad que las representaciones orientalistas hayan florecido durante el auge del imperialismo europeo. Estas representaciones fueron herramientas cruciales que permitieron a las potencias imperiales legitimar su dominio sobre diferentes territorios y pueblos.

Además, Said señala que el orientalismo permea no solo los textos académicos y las representaciones culturales, sino también la política y la diplomacia. Las políticas occidentales hacia las regiones orientales han sido influenciadas, y en muchos casos justificadas, por estas concepciones distorsionadas, simplistas y reduccionistas. Edward Said presenta una crítica a la manera en que Occidente ha construido y perpetuado una visión de Oriente que refuerza su propio sentido de superioridad y justifica su dominación. Es una llamada a cuestionar y dismantelar estas representaciones y a forjar un entendimiento más auténtico y respetuoso entre diferentes culturas y civilizaciones.

Aquí podemos identificar que, tanto Said como Sen, argumentan en contra de la tendencia a agrupar y etiquetar culturas y personas basándose en características singulares, lo que limita la real y rica diversidad y multiplicidad de identidades dentro de cualquier grupo. Mientras que Sen resalta los peligros de definir a las personas o grupos por una sola identidad, Said muestra cómo estas representaciones reduccionistas sirven a propósitos de poder y dominación, y a contribuyen a perpetuar desigualdades y malentendidos entre Occidente y Oriente. En



Una mujer iraní protestando por sus derechos, desafiando los estereotipos del mundo árabe.

conjunto, ambos plantean la necesidad de reconocer y valorar la complejidad de las identidades humanas y cuestionar los discursos dominantes que buscan simplificar y categorizar al otro.

En el panorama contemporáneo de la globalización, donde las interconexiones entre las culturas y economías del mundo se intensifican, es fundamental abordar y comprender críticamente las relaciones entre Occidente y Oriente. Las perspectivas de Amartya Sen y Edward Said ofrecen un marco analítico crucial para evaluar cómo se concibe, representa y experimenta Oriente en este contexto global.

Al yuxtaponer ambas perspectivas, emerge una imagen más compleja y matizada. Mientras que la globalización presenta oportunidades para el enriquecimiento mutuo y la colaboración intercultural, las estructuras de poder y representación, como las señaladas por Said, pueden sesgar y distorsionar estas interacciones. Es esencial reconocer y desafiar las narrativas orientalistas para garantizar que las relaciones globales no reproduzcan dinámicas coloniales e imperialistas. Para comprender realmente la posición de Oriente en la globalización y construir un orden global verdaderamente inclusivo y equitativo, es importante considerar tanto las oportunidades presentadas por la globalización, como señala Sen, como las estructuras de poder y representación críticamente analizadas por Said. Al hacerlo, se abre un espacio para el diálogo y para la construcción de un futuro global que reconozca y celebre la diversidad y complejidad del mundo en el que vivimos.

A partir de este recorrido reflexivo, se torna evidente la relevancia de observar a la globalización desde una mirada que trascienda los límites occidentales, tal como propone Amartya Sen. Reconocer la globalización como un proceso histórico nos permite apreciar la riqueza de interacciones, intercambios y flujos de conocimiento que han moldeado la humanidad mucho antes del auge del imperialismo occidental en el siglo XVI. Esta perspectiva nos invita a valorar la globalización como un entramado de relaciones que tiene el potencial de fomentar el enriquecimiento mutuo, la colaboración y el progreso colectivo.

Sin embargo, mantener un juicio crítico, alineado con las observaciones de Edward Said, es fundamental para no obviar las estructuras de poder y representación que han sido, y continúan siendo, perpetuadas en nombre de la globalización. La (su) historia y la contribución de Oriente en el proceso globalizador son fundamentales para entender la verdadera naturaleza plural y multifacética de la globalización. Oriente no ha sido un simple receptor pasivo de influencias occidentales, sino un participante activo, aunque quizás poco visible, y un contribuyente significativo en el escenario global. La rica herencia cultural, científica y filosófica de Oriente ha sido una fuente de intercambio y crecimiento, que ha mostrado que la globalización puede ser una vía de aprendizaje bidireccional y de enriquecimiento mutuo. Así, mientras valoramos la globalización por su capacidad de conectar y enriquecer culturas, es imprescindible mantener una actitud crítica acerca de cómo se manifiesta, quién se beneficia y quién queda marginado en este proceso.

La intersección de las perspectivas de Sen y Said nos ofrece un marco importante para explorar la globalización de una manera más consciente de las dinámicas de poder históricas y contemporáneas y que aspire a un orden global más equitativo e inclusivo. Solo a través de un compromiso informado y crítico podremos trabajar hacia una globalización que celebre la diversidad, promueva la equidad y contribuya genuinamente al bienestar colectivo de la humanidad, tanto en Oriente como en Occidente.

REFERENCIAS

- Said, E. (2002) *Orientalismo*. Debate.
- Sen, A. (2002, 5 de enero) How to judge globalism. *The American Prospect*. <https://prospect.org/features/judge-globalism/>
- Sen, A., Weinstabl, V., & De Hagen, S. (2007). Identidad y violencia: la ilusión del destino. Katz Editores. <https://doi.org/10.2307/j.ctvndv9922>